

Louise Bénat-Tachot

“De la catástrofe a la redención. El naufragio del licenciado Alonso de Zuazo (1524)”

p. 279-304

Historiar las catástrofes

María Dolores Lorenzo, Miguel Rodríguez y David Marcihacy
(coordinación e introducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/Sobornne Université,
Centre de Recherches Interdisciplinaires sur les Mondes
Ibériques Contemporains, Civilisations et Littératures
d’Espagne et Amérique

2019

384 p.

Figuras

(Historia General 38)

ISBN 978-607-30-2583-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de abril de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/709/historiar_catastrofes.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

EL AIRE



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



DE LA CATÁSTROFE A LA REDENCIÓN
EL NAUFRAGIO DEL LICENCIADO ALONSO DE ZUAZO
(1524)

LOUISE BÉNAT-TACHOT

*Si quered saber orar
Aprended a navegar*

Proverbio

La obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* (primera parte), es una crónica prolija y polifacética que forma parte de lo que Enrique de Vedia designó crónicas primitivas de Indias.¹ Suscitó mucho interés y polémicas desde su primera edición de 1535.² Tuvo mucho éxito ya en su época y fue citada y traducida al italiano y al francés, pues, además de presentar una visión de la naturaleza y la geografía americanas, ofrece un elenco de capítulos de corte etnográfico, con dibujos que constituyen una ampliación del primer opúsculo que ya había despertado la curiosidad por “estas materias” americanas, a saber el *Sumario de historia natural o De la natural historia de las Indias*.³

¹ Enrique de Vedia, *Historiadores primitivos de Indias*, Madrid, Imprenta y Estereotipia de M. Ribadeneyra, 1853.

² Impresa en Sevilla por Juan Cromberger. Hay una segunda edición de 1547, con pocas modificaciones. La edición completa fue realizada por José Amador de los Ríos, *Historia general y natural de las Indias*, 4 t., Madrid, Real Academia de la Historia, 1851-1855. Véase la edición moderna, que se utiliza en este capítulo: *Historia general y natural de las Indias*, 5 v., intr. y ed. de José Pérez de Tudela y Bueso, Madrid, Ediciones Atlas, 1959 (Biblioteca de Autores Españoles).

³ *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, est., ed. y notas de Álvaro Baraibar, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, [1526] 2010 (Biblioteca Indiana 26).

Larga es la lista de los historiadores que han comentado y siguen comentando esta historia humana y natural, pues es un paso obligado para entender el periodo tan complejo del descubrimiento y del proceso colonial. Sin embargo, en el marco de esta investigación sobre la catástrofe, pienso proponer la lectura de un libro singular de la *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, que tan sólo en un periodo reciente ha sido estudiado desde una perspectiva ético-literaria.⁴ Se trata del libro que el propio autor titula “de los infortunios y naufragios”, pues merece un estudio profundo no sólo para entender su función en la crónica, sino también para insertarlo en un contexto amplio: el de la navegación por las aguas del mundo a partir de los primeros decenios del siglo XVI. Fernández de Oviedo debió de concederle importancia pues lo colocó al final de la primera parte (libro XX) en la primera edición (1535) y luego lo volvió a poner al final de la obra completa (libro L), a manera de conclusión de toda la obra. Entre las decenas de relatos de naufragios, figura como pieza maestra el del licenciado Alonso de Zuazo.

El libro cincuenta se presenta como un conjunto amplio, irregular y heteróclito en una primera lectura, además de responder a principios de composición que se entienden mal. Se le consideró más bien un libro al margen de la historia de las conquistas, una recopilación de sucesos de menor relevancia y anecdóticos, comparados con los relatos de la conquista del Perú o de América central.⁵

⁴ Cf. Félix Bolaños, “Milagro, peregrinación y paraíso: narración de naufragios del cronista Fernández de Oviedo”, *Revista de Estudios Hispánicos* 19, 1992, p. 163-178. Especial mención merece Antonello Gerbi, quien observa: “El realismo de Oviedo se confirma con su decisión de colocar los naufragios al final de su escrito, y no al principio, como los utopistas; en el límite último de la credibilidad y no en el exordio de la imaginación”, Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 301.

⁵ Los estudiosos dedicados al análisis de este conjunto de capítulos adoptan el punto de vista de la narrativa, pues recalcan las relaciones entre historia y ficción y se interesan poco por la dimensión sociohistórica y política de los relatos. Los autores contemplan sobre todo un ejemplo de la “literatura de naufragio”, que constituirá un género literario según un esquema narrativo identificable: una relación, en general ejemplar, donde interviene el milagro como elemento ficcional. Se trataría de la primera literatura americana. Famosos son los relatos de los portugueses que recorrieron las costas africanas durante los siglos XVI y XVII, compilados a

Obviamente, la *Historia general y natural de las Indias* suele verse como una obra de referencia innegable por su capital informativo, pues Fernández de Oviedo, excelente observador, recoge en ella todo tipo de datos sobre la evolución de las conquistas y sobre la naturaleza, la geografía y los usos y costumbres indígenas. Pero el libro de los naufragios se presenta en cambio como una serie de relatos cuyo valor histórico parece mucho más discutible: barcos estrellados contra las rocas y grupos de hombres a punto de ahogarse cuyo único recurso para salvarse es la oración, todo ello examinado desde una perspectiva del todo edificante y moral: nada muy nuevo ni muy americano... Entonces ¿por qué interesarse en este voluminoso conjunto de 29 capítulos, de la página 305 a la 414 del último volumen, o sea 110 largas páginas? Miremos cómo se ha considerado:

La colección de naufragios que Oviedo reúne en este singular archivo del desastre marítimo es presentada, ante el lector, como una interminable procesión oceánica de desgracias humanas y materiales, con sus consiguientes despojos vertidos (y dispersos sobre el mar, como los libros del licenciado de nuestro epígrafe), desgracias a veces teñidas de incidentes tragicómicos, otras con escenas devastadoras, llenas de una poderosa carga afectiva.

Así los presenta en un artículo de 2004 Benita Sampedro Vizcaya.⁶ Es cierto que los relatos de naufragios son por definición relatos de perdedores —de los que lo han perdido todo— y que contradicen, en principio, el tópico de la exploración y conquista como victorias y ganancias. La trayectoria tradicional axiomática de este tipo de relato “catastrófico” es didáctica. Antonello Gerbi había señalado, hace ya muchos años, el fin didáctico y ejemplar del libro

manera de lecturas ejemplares por Bernardo Gomes de Brito, *História trágico-marítima. Em que se escrevem chronologicamente os naufragios que tiveram as naus de Portugal, depois que se poz em exercicio a navegaçao da India*, Lisboa, Oficina de Congregaçao do Oratorio (publicada por primera vez en dos volúmenes entre 1735 y 1736).

⁶ Benita Sampedro Vizcaya, “Fragmentos de historia dispersos sobre el mar”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana (Lima-Hanover)*, año XXX, n. 60, 2004, p. 139-150, <http://www.jstor.org/stable/4531341>.

de los naufragios;⁷ José Juan Arrom lo inserta en la tradición medieval de los *exemplos* y lo resume así: “Los treinta ejemplos son variantes de un mismo modelo catastrófico. Hay en ellos huracanes, carabelas batidas por olas inmensas, naos que se destrozan entre arrecifes, incendios a bordo que se extinguen cuando mayor es el peligro e intervenciones de seres divinos que realizan espectaculares salvamentos”.⁸

Félix Bolaños percibe invariablemente el naufragio ovediano como “una alegoría del fracaso de la experiencia española en Indias”.⁹ Con razón, insiste en la dimensión oscura del pensamiento del viejo cronista, quien decide concluir su *opus magnum* con un terrífico y amenazador conjunto de naufragios. Sin contradecir lo anterior, mi propuesta sin embargo va en dirección diferente a la de los estudiosos mencionados.

Coincido con Karl Kohut cuando anota que “explícitamente, este libro no es de historia, sino de historias”.¹⁰ En cambio, no comparto su opinión cuando lo compara con el *Libro de los depósitos* (libro VI, que en efecto es una miscelánea), pues, según yo, poco tiene que ver el uno con el otro. Existe una coherencia subyacente en el libro L si se considera el naufragio no tanto como un *suceso* trágico aislado sino como la expresión de un proceso que participa de la historia social,

⁷ Gerbi, *La naturaleza de las Indias...*

⁸ Juan José Arrom, “Gonzalo Fernández de Oviedo, ‘relator de episodios y narrador de naufragios’”, en *Imaginación del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI, 1991, p. 62-78.

⁹ Explica Bolaños: “En primer lugar, Oviedo estaba desilusionado con el estado moral y político de España al comienzo del reinado de Carlos V. (...) En segundo lugar, estaba desilusionado con las Indias. Las grandes expectativas creadas al principio por el descubrimiento de las nuevas tierras y la posibilidad de crear en ellas conglomerados sociales más justos que los europeos se convirtieron pronto, en la *Historia general y natural de las Indias*, en grandes lamentos ante el desastre ético y material de los españoles allí”. (Bolaños, “Milagro, peregrinación...”, p. 165). Véase también, del mismo autor, “El subtexto utópico en un relato de naufragio del cronista Fernández de Oviedo”, en Beatriz González Stephan y Lucía-Helena Costigan (ed.), *Crítica y descolonización. El sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Caracas-Colombia, Academia Nacional de la Historia-Universidad Simón Bolívar-Equinoccio-Ohio State University, 1992, p. 109-126.

¹⁰ Karl Kohut, “Fernández de Oviedo: historiografía e ideología”, *Boletín de la Real Academia Española*, v. 73, n. 259, 1993, p. 367-381.

técnica y cultural de la América colonial.¹¹ Tampoco pienso analizar este tipo de relato como un episodio “literario” o emocional,¹² sino como una narración que, por una parte, informa sobre la percepción de la naturaleza americana (como nuevo contexto) y la relación del hombre con ella, y, por otra, como fragmento de la historia colonial en construcción. No por nada un autor como Fernández de Oviedo, observador perspicaz del Nuevo mundo y de la naciente sociedad colonial insular, contaba tales episodios dramáticos: interrogarse sobre la función de estos capítulos es también una manera de captar una serie de tensiones y relaciones en el mundo colonial, así como la construcción de una verdadera cultura náutica americana desde Santo Domingo, el observatorio del cronista, su lugar de residencia.

Un nuevo contexto para una nueva experiencia

En este libro de composición curiosa, la palabra *naufragios*¹³ cobra un sentido histórico reconfigurado en un contexto radicalmente nuevo: el de una navegación que en el siglo XVI se extiende por la superficie de los océanos del mundo, tanto en las aguas navegadas por los portugueses a lo largo de la costa africana hasta la India y Malasia, como

¹¹ Louise Bénat-Tachot, “Une herbe qui relie les parties du monde...”, en <http://journals.openedition.org/e-spania/21429;DOI:10.4000/e-spania.21429> (consultado: 26 de junio de 2012).

¹² El naufragio se cuenta, oralmente o por escrito, hasta convertirse en argumento literario. Mucho se ha estudiado el motivo narrativo del naufragio en la literatura de viajes portuguesa y española de los siglos XVI y XVII, a la luz de los tópicos retóricos tradicionales y de los modelos de recepción reconocibles en la época: José Manuel Herrero Massari, “El naufragio en la literatura de viajes peninsular de los siglos XVI y XVII”, *Revista de Filología Románica*, v. II, n. 14, Universidad Complutense, 1997, p. 205-213. Tampoco entra en nuestras actuales consideraciones el estudio de la dimensión emocional, en particular el estudio del miedo. Cf. Vera Moya Sordo, “Entre la vida y la muerte: averías, tormentas y naufragios. Manifestaciones de miedo durante los viajes atlánticos ibéricos, siglos XV-XVII”. https://www.academia.edu/3703533/Entre_la_vida_y_la_muerte_aver%C3%ADas_tormentas_y_naufragios._Manifestaciones_de_miedo_durante_los_viajes_atl%C3%A1nticos_ib%C3%A9ricos_siglos_XV-XVII.

¹³ La palabra catástrofe como tal no aparece; encontramos en cambio gran número de sustantivos equivalentes: trabajo, trance, peligro, calamidad, infortunio y naufragio.

en las de los océanos cruzados por los españoles, sin olvidar las navegaciones septentrionales de los ingleses. Contar un naufragio tiene una función plural que no se puede reducir a una finalidad, ya sea didáctica, sensacionalista, emocional o hasta milagrosa. Por supuesto, como lo observa Peter Sloterdijk en su trilogía *Esferas* (*Burbujas, Globos y Espumas*), navegar no sólo es ir más allá sino también hacia el más allá.¹⁴ Pero sigue el filósofo comentando “la estallada del espacio” que desemboca en un tráfico histórico universal en el Renacimiento: “La teoría de las esferas es un instrumento morfológico que permite reconstruir el éxodo del ser humano de la simbiosis primitiva al tráfico histórico-universal en imperios y sistemas globales como una historia coherente de extraversiones”.¹⁵ El medio de esta extraversiones moderna de los europeos es la navegación. Se trata de demostrar que el naufragio constituye una categoría de acontecimientos nacidos de experiencias de navegación inéditas en nuevos contextos geográficos y climáticos (tropicales o polares) y, por otra parte, que la finalidad de tales narraciones bajo la pluma de Fernández de Oviedo cobra una dimensión política en la estrategia global de la crónica, lo cual requiere un estudio fino del contexto y de las finalidades del relato.

El *naufragio* que se analiza no es un evento ni un suceso, es una crisis redentora nacida de una catástrofe presentada como una constelación de episodios. Éstos constituyen un verdadero proceso, la

¹⁴ Con el segundo volumen de *Esferas*, titulado *Globos*, Peter Sloterdijk narra de qué forma el pensamiento metafísico clásico, como contemplación del todo redondo, se propaga por el mundo, el globo. Se ponen en marcha formas diversas de globalización y se recorre una historia del mundo político basada en las rectoras imágenes morfológicas de la esfera y del globo. Sloterdijk “muestra que todas las manifestaciones con respecto a la globalización están aquejadas hasta ahora de miopía. Para él, la globalización comienza con los griegos, quienes ya representaron el universo mediante la imagen de la esfera. Ésta también se encuentra en la base de las representaciones de orden de los imperios premodernos. Con el descubrimiento de América y las primeras circunvoluciones terrestres, aparece en su lugar el globo. Esta segunda globalización es sustituida por una tercera, dado que la virtualidad general de todas las relaciones conduce a una crisis de espacio. El autor narra, así, la verdadera historia de la globalización: desde la geometrización del cielo en Platón y Aristóteles hasta la circunvolución de la última esfera, la tierra, por barcos, capitales y señales”, en (http://www.siruela.com/catalogo.php?id_libro=679).

¹⁵ Peter Sloterdijk, *Esferas I*, pról. de Rüdiger Safranski, Madrid, Siruela, 2017 (Biblioteca de Ensayo 24), p. 43.

expresión de una crisis en su dimensión plural. Bien es sabido que la palabra *naufragio* tiene en el siglo XVI un sentido más amplio que el que tiene hoy: se usaba para definir o calificar un momento crítico, generalmente funesto (*infortunio, desventura, trance*), cuyas causas eran por lo general simples (un temporal o un “cataclismo” natural) y cuyas consecuencias eran una materia compleja, por supuesto vinculada con el mar y el barco, pero que rebasa el mero marco del naufragio marítimo (el caso más famoso es el texto de la peregrinación de Álvar Núñez Cabeza de Vaca titulada *Naufragios*, aunque su acción transcurre en el norte del continente americano.)¹⁶ Fernández de Oviedo es perfectamente consciente de que inaugura una suerte de nueva literatura, una nueva materia que no puede sino enriquecerse infinitamente con la dilatada experiencia de la navegación y de que lo que va a “reducir en este último libro” son “algunos casos de infortunios y naufragios”, es decir sólo una ínfima parte. Todo puerto del mundo es el crisol de semejantes narraciones: la navegación moderna que permite recorrer todos los océanos del mundo supone la integración del naufragio en la historia global.

Tal como lo anuncia el autor, la finalidad de tal aglutinación de relatos es didáctica (y no sólo moralizadora): dar a conocer al público de “cuantos peligros andan acompañados los que navegan”.¹⁷

¹⁶ Si bien esa designación ya aparecía en los encabezados de la tabla de contenidos de la edición de 1555, la relación de Cabeza de Vaca sobre la expedición de Pánfilo de Narváez no fue titulada *Naufragios*, sino *Relación* (Rolena Adorno y Patrich Charles Pautz, *Álvar Núñez Cabeza de Vaca: His Account, his Life, and the Expedition of Pánfilo de Narváez*, 3 v., Lincoln, University of Nebraska Press, 1999, v. III, p. 90). El título completo de la edición de 1542 era *La relación que dio Álvar Núñez cabeza de vaca de lo acaescido en las Indias en la armada donde yva por gobernador Pamphilo de narvaez desde el año de veynete y siete hasta el año de treynta y seis que volvió a Sevilla con tres de su compañía*. La edición de 1555 llevó como título *La relación y comentarios del gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca de lo acaescido en las dos jornadas que hizo a las Indias*. Perderá con el tiempo su título genérico y pasará a llamarse, a partir de la edición de Andrés González Barcia de 1749, *Naufragios*.

¹⁷ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Ediciones Atlas, 1992 (Biblioteca de Autores Españoles), t. 5, lib. I, cap. X, p. 305. Ya en la primera edición de 1535 de la *Historia...*, el libro de los naufragios figuraba al final de la obra, lo que se explicaba por su valor ejemplar: “Verdad es que el último libro que agora se pone aquí por el número veinte se pasará después en fin de la tercera parte, porque es de calidad que sirve a todas tres” (t. 1, p. 11).

Este libro sería pues el contrapunto de los textos que exaltan la técnica de la navegación como la ciencia (el arte) más importante de la época. Así, por ejemplo, Pedro de Medina, en la introducción a su *Arte de navegar* (de esos mismos años),¹⁸ afirmaba que la ciencia náutica permite al piloto, gracias a sus instrumentos astronómicos, ir con toda seguridad a todas partes en malas condiciones climáticas e incluso con niebla, de noche, etcétera. El naufragio es la otra cara de esta postura triunfalista.

Es cierto que los mares se llenan con navíos y las aventuras marítimas se multiplican y se comparten, y lo mismo ocurre con los naufragios: todos los españoles que llegaron al Nuevo Mundo tuvieron la experiencia de la travesía del océano y oyeron hablar de malas navegaciones. Pero hay más: esta experiencia marítima, refiere Fernández de Oviedo, la comparten los que van por todos los mares del globo,

¹⁸ Proemio del autor sobre el arte de navegar en que se declara la excelencia grande de la navegación: Pedro de Medina, *Arte de navegar en que se contienen todas las reglas, declaraciones, secretos y avisos, que a la buena navegacion son necesarios, y se deben saber...*, Valladolid, Casa de Francisco Fernández de Cordoua, 1545 (Madrid, Biblioteca Nacional de España, R/3405): “Entre las artes, el arte de la navegación es más excelente que las otras, pues no sólo comunica con ellas mas incluye en sí las más principales, a saber aritmética, geometría, astrología. Ellas tienen excelencia entre las matemáticas por la demostración verissima que de sus conclusiones hacen.[...] es tanta la certitud desta arte que parece que para la ordenar no bastó saber de un hombre ni de muchos hombres más que Dios proveyó de especial gracia y entendimiento para ello: pruébase en que acontece venir un piloto navegando, y tornarle una tormenta trescientas leguas en la mar, y de día hacer gran cerrazón y de noche tan oscuro que estando en la popa de su nao no ve la proa y aun apenas el mástil, y dando muchas vueltas en la mar corriendo de unas partes a otras subiendo y descendiendo con el ímpetu de los vientos y fuerza de las mares, y con todo esto, por la certinidad del arte saber el camino que ha andado y el lugar donde está y llegado a la tierra, toma puerto aunque sea de noche, que no vea la tierra. También acontece muchas veces, navegando el piloto, hallar una peña o bajo doscientas leguas en la mar apartado, marcar el lugar donde está aunque no ve con quien lo marca, porque solamente ve cielo y agua, y en esto no hay en que marcar o señalar porque todo se mueve, mas márcalo en su carta, con la tierra que en ella ve, y conforma al arte que la carta tiene; es tan cierta, que él y otros de día y de noche se sabrán guardar de aquel lugar desviando de él por no recibir daño aunque esté debajo del agua, que ninguna cosa se vea. De donde se concluye que aun que las otras artes tengan verdad, ésta más por razón de la demostración muy cierta que tiene, la cual enseña guardar el hombre del daño y peligro que no ve”.

“todas las generaciones del mundo”;¹⁹ dicho de otra manera, el posible naufragio, en el siglo XVI, como experiencia universal, es el paradigma catastrófico de la modernidad y viene a formar parte de la cultura general americana. Estando en Santo Domingo, su observatorio predilecto, Fernández de Oviedo se hace testigo de un océano navegado y es consciente de que es el narrador de una experiencia inexcusable: agrega una nueva dimensión a su papel de cronista al notar estas cosas “que no pueden explicar así los cronistas que no han navegado”.

La singularidad del naufragio del licenciado Zuazo

El capítulo X es el de mayor relevancia dentro del libro cincuenta²⁰ por varias razones: en primer lugar, por su extensión. No es un naufragio más, sino una pequeña odisea de gran notoriedad en su tiempo que consta de varias fases. Fernández de Oviedo explica que debió recortar la narración en 39 párrafos distintos para facilitar la lectura y en volumen representa cerca del tercio del libro cincuenta, que consta de 100 páginas.

Luego, el autor se encarga de ubicar y retratar al personaje principal antes de iniciar el relato. Tal digresión sólo es aparente, pues los datos biográficos permiten evidenciar la importancia del hombre y de la tragedia que le tocará vivir y darle su trascendencia: el oidor cobra la dimensión de un hombre heroico e ingenioso, “celoso del servicio de Su Majestad”.²¹ Así, nos explica que se mandó a Alonso de Zuazo, persona idónea, desde Cuba a Nueva España para evitar un enfrentamiento entre Francisco de Garay y Cortés, ambos en rivalidad por la posesión de Pánuco. Es decir que el licenciado es ya un mediador encargado de evitar que los dos hombres se opusieran “con muertes de muchas gentes”. El oidor fleta desde el puerto de Xagua, en

¹⁹ Fernández de Oviedo, al introducir el libro de los infortunios y naufragios, señala que un libro similar se podría redactar en todos los puertos del mundo: “Lo mismo podrían afirmar otras gentes que viven en las otras costas de las mares de España, testificando otros diversos acaecimientos, e así al propósito en otras generaciones del mundo”, Fernández de Oviedo, *Historia...*, t. V, p. 305.

²⁰ *Ibid.*, p. 322-357.

²¹ *Ibid.*, p. 323.

Cuba, un barco con este noble objetivo de concordia entre capitanes prontos para usar las armas. Pocas expediciones tienen tal objetivo político, preciso y oficial. De lo que se trata es nada más de evitar que la recién conquistada Nueva España caiga en una guerra de facciones de la que los indígenas sabrían sacar provecho. El caso del Perú unos años más tarde será la obvia demostración de tal peligro. Es de sobra conocida la notoriedad del personaje en el contexto altamente conflictivo del asentamiento colonial en las Antillas. Alonso de Zuazo fue un oidor que alcanzó un notable protagonismo político, en particular cuando llegó a Santo Domingo junto con tres prestigiados jerónimos, en el marco de la reforma de Cisneros, para realizar una experiencia de gobierno.²² Fue un juez de residencia exigente involucrado en un complicado juego de influencias: amigo del ilustre Juan López de Palacios Rubios, era enemigo de Fonseca y su secretario Lope de Conchillos, los cuales apoyaban al corrupto tesorero Miguel de Pasamonte.²³ Además de escribir a partir de 1517 extensos memoriales y cartas de denuncia del desgobierno de la isla de Santo Domingo, Zuazo actuó como juez de residencia ante corruptos y abusivos oficiales reales, por lo cual desató enemistades contundentes. Él mismo tuvo que sufrir un juicio de residencia.²⁴ Fernández de Oviedo afirma: “Y es de saber que el licenciado Figueroa fue pedido por los enemigos de Zuazo, y escogido como persona muy rigurosa para que le destruyese”.²⁵ Finalmente, el oidor se encontró sin cargo y pasó a Cuba (“Zuazo viéndose como desfavorecido y sin cargo pasó a Cuba con poder que le dio el almirante don Diego Colom para la gobernar”).²⁶ En Cuba también fue involucrado en conflictos por su actuación de oidor.

²² Cf. *Alonso de Zuazo, cartas y memorias (1511-1539)*, pról., ed. y notas de Rodrigo Martínez Baracs, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000. Señala el prologuista: “los jerónimos, por su condición religiosa, no podían gobernar solos, pues se requería un jurista para realizar con toda formalidad las tareas de gobierno y de justicia. Por consejo de Palacios Rubios, el jurista fue el licenciado Alonso de Zuazo”, p. 13.

²³ Así sintetiza Martínez Baracs (*Alonso de Zuazo...*, p. 14) esta guerra de facciones: “Este bando o grupo de poder se mantuvo fuerte en España y en las Indias, y fue permanente enemigo de Las Casas, Hernán Cortés y el licenciado Zuazo”.

²⁴ *Ibid.*, p. 35-45.

²⁵ Fernández de Oviedo, *Historia...*, t. II, p. 97.

²⁶ *Idem.*

Como se ha dicho, de Cuba pasó a Nueva España (para evitar un rompimiento entre Francisco de Garay y Cortés), que es cuando resulta víctima del naufragio que nos ocupa.

Vemos pues que el naufragio del oidor, actor principal en el pequeño mundo colonial insular que debió zanjar cuestiones candentes como la repartición de encomiendas,²⁷ es un actor destacado en la fase caribeña y la fase novohispana, pues va a desempeñar un papel relevante en Nueva España.

Un tercer aspecto: este relato es la transcripción más o menos fiel de la narración que el propio Zuazo hizo a Fernández de Oviedo. En repetidas ocasiones afirma este último haber tenido una relación amistosa con el oidor y el cronista encontró en él a un testigo, un actor político, un interlocutor y un hombre culto digno de confianza. Estando en Santo Domingo, el licenciado le comentó en varias ocasiones episodios de su naufragio, tanto del drama colectivo como de la relación con la naturaleza, los animales y fenómenos naturales que pudo observar estando en las islas del arrecife de los Alacranes.

Por último, la exhibición de sentimientos “extremos” estructura el relato (es lo que comparten todos los relatos de este tipo): por una parte el miedo, intenso, omnipresente: miedo a la mala navegación, a la enfermedad, a la total privación, a la muerte; por otra, la admiración frente a la divina providencia que “ayuda” y salva inesperadamente, y, de manera general, la idea de la excepcionalidad. Se alternan momentos de alivio y abismos de desesperación, sentimientos de pérdida y ratos de esperanza. Sin embargo, el cronista no deja de maravillarse frente a una historia tan inédita y fuera de lo común. No se trata sólo de restituir una poderosa carga afectiva y sus variaciones. Toda una gramática emocional construye el sentido de la historia, su dinámica interna, su dramatismo político y religioso. La dimensión excepcional del episodio, “una de las mayores novedades y experiencia de trabajos más extremada que se puede haber oído ni visto”,²⁸ justifica un relato pormenorizado donde el protagonismo de Zuazo es medular. Por mucha admiración que suscite, este episodio, al que Fernández de Oviedo califica a la vez de extremado y maravilloso,

²⁷ Tuvo un protagonismo notable en la rebelión del cacique Enriquillo.

²⁸ Fernández de Oviedo, *Historia...*, p. 322.

fue mortífero: se embarcaron 55 personas en la pequeña carabela y sólo se salvaron 17.

El 20 de enero de 1524, a media noche, la carabela de Zuazo y sus 54 compañeros sufre un temporal recio: las olas sumergen el barco con movimientos súbitos y brutales. “Parecía que el navío salía del profundo de la mar hasta encima de ella”.²⁹ El enfrentar la fuerza del oleaje hace nacer una visión surrealista de grandes peces que saltan a la superficie del agua como si volaran. En este cuadro horrible, se manifiesta la total impotencia del hombre y su desorientación: no se sabe dónde se está, no se puede gobernar el navío ni usar la aguja ni el cuadrante. A la madrugada, el barco se estrella definitivamente contra arrecifes cortantes (“penas muy ásperas”). La claridad del día deja ver a 47 personas que escaparon a la muerte abrazando las peñas que les arrancan las carnes. Ésta es la primera fase de la crisis: la violencia del oleaje, la destrucción del barco y los primeros muertos.

En una segunda etapa, a la brutalidad del choque sucede una “dilatada” catástrofe que, al durar varios meses, toma la forma de una agonía inabarcable durante la estancia en este conjunto de islas, al que todavía hoy se llama arrecife de los Alacranes.

Estamos ante el tópico de este tipo de relato que va a constituirse en el siglo XVIII como género, observable en la famosa colección de los relatos de la *Historia trágico-marítima* de Bernardo Gomes de Brito.³⁰ En tal recopilación se encuentran reunidas las crónicas de naufragios de barcos portugueses ocurridos entre 1552 y 1602. Eran relatos de los propios supervivientes o bien de individuos que los habían oído contar y que habían sido publicados bajo la forma de *folletos* poco después de los hechos (*relación de sucesos*). Los volúmenes de Brito se publicaron en 1735 el primero y en 1736 el segundo.

²⁹ *Ibid.*, p. 324.

³⁰ Gerbi (*La naturaleza...*, p. 301) recuerda que la cuestión de los naufragios será desarrollada en el capítulo XIII, “Naufragios en la India oriental y sus mares”, en *Építome de la bibliotheca oriental y occidental y náutica y geográfica*, de Antonio de León Pinelo (Madrid, 1629); asimismo, Gerbi menciona los naufragios relatados por un gentilhombre portugués, Jerónimo de Corte Real, *Naufrágio e lastimoso successo da perdição de Manuel de Sousa de Sepúlveda*, Lisboa, 1594, traducido al español por Francisco de Contreras en *Nave trágica de la India de Portugal* (1624), y, por último, los volúmenes de Bernardo Gomes de Brito, *Relações de naufrágios* (posteriores a 1580), publicados con el título *História trágico-marítima...*, en 1735-1736.

Sin embargo, en el caso de Zuazo, el relato presenta mayor complejidad, pues consta de varios episodios intercalados a partir de una situación de total desnudez. Si en el relato de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca el proceso de despojo es progresivo, en este caso el náufrago lo ha perdido todo, cuando llevaba más que el resto: “perdió más que otro e que todos juntos los que allí iban porque perdió sus libros, e mucho oro e plata e joyas”.³¹

De tales situaciones trágicas y funestas podían nacer muchos posibles y diversos procesos. En ciertos casos, provoca el naufragio la destrucción de la figura del poder y la desarticulación de las relaciones sociales: se deja de obedecer al gobernador, al capitán, a la autoridad. Asimismo, se observa una deriva moral, con el hambre y la sed, la desesperación, la falta de solidaridad en un grupo que se desagrega, y la crisis desemboca en canibalismo, el estado de salvajismo “diabólico”. En la obra de Fernández de Oviedo hay varios casos de canibalismo de españoles respecto a los indios y de los españoles entre sí, en particular en las expediciones de Tierra Firme hacia el Meta o en la provincia de Veragua. De la misma manera, en su narración, Cabeza de Vaca evoca fríamente el canibalismo entre cristianos.³²

Otra etapa del relato, después de la catástrofe inicial, es la reconstrucción de un proceso civilizador material indispensable para organizar la supervivencia. Huelga mencionar el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe (1719),³³ “metáfora del viaje, naufragio y supervivencia” que constituye un desafío a la supervivencia en un entorno aislado y hostil. Sin embargo, ya anteriormente, en el capítulo que inicia los *Comentarios reales*, el Inca Garcilaso narraba la increíble historia del náufrago Juan Serrano y cómo pudo mantenerse gracias a su industria.³⁴ En estos

³¹ Fernández de Oviedo, *Historia...*, p. 324.

³² En el capítulo XIV de su obra, Cabeza de Vaca describe el canibalismo que empezaron a cometer los españoles en las duras condiciones de frío y hambre: “Cinco cristianos que estaban en el rancho en la costa llegaron a tal extremo, que se comieron los unos a los otros, hasta que quedó uno solo, que por ser solo no hubo quien lo comiese” (Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios*, ed. de Juan Francisco Maura, Madrid, Cátedra, 1989, p. 125).

³³ Cf. Juan Pimentel, *Parábolas y naufragios de Robinson Crusoe*, Madrid, La Línea del Horizonte Ediciones, 2014. También disponible en Kindle edition.

³⁴ Pedro Serrano, tras naufragar, llega a una minúscula isla desierta y no encuentra nada para asegurar su supervivencia, pero, día tras día, captura mariscos

últimos casos, la narración puede ser la oportunidad de una reflexión de filosofía política sobre la vida civil y los fundamentos de la sociedad, que conlleva una fuerte dimensión crítica respecto a Europa, como fue el caso de la *Utopía* de Tomás Moro (1516).

En el relato de Zuazo encontramos mezclados estos diferentes aspectos, pues articula una dimensión sociopolítica, espiritual y moral, así como material. De cierta manera es a la vez un naufragio redentor; a la gloria de la industria y del valor humano, que reconoce y legitima la jerarquía social. En efecto, por una parte el licenciado Zuazo mantiene su autoridad y aun se afirma en seguida como el indiscutible e indiscutido líder del grupo; por otra parte, reconstruye la solidaridad del grupo con la oración y las procesiones, como verdadero taumaturgo capaz de llevar a cabo incluso actos litúrgicos y provocar efectos milagrosos,³⁵ y será por fin quien sepa remediar el desastre mediante su industria, su habilidad. Toma todas las iniciativas necesarias para recuperar progresivamente los elementos que permiten sobrevivir: recobra una canoa abandonada, consigue producir fuego para asar la carne encontrada, fabrica el arpón para pescar un tiburón, organiza el rescate de las maderas flotantes para reconstruir un barco, etcétera.

Todo el texto se centra pues en la omnipresencia y el protagonismo de un Zuazo grandioso, capaz de gestionar la catástrofe humana que día tras día vive el grupo: la tortura del hambre, y sobre todo de la sed. Así, por ejemplo, en la narración del mismo naufragio contada por Bernal Díaz del Castillo, éste señala: “fue ventura que traían en la carabela dos indios de Cuba que sabían sacar lumbre con unos palicos secos que hallaron en aquella isleta a donde aportaron e dellos sacaron lumbre”; a continuación refiere el cronista que muchas tortugas “vinieron a desovar en aquella isleta y ansi como salían les trastornaban los indios de Cuba las conchas arriba”.³⁶ Bajo la pluma

que come crudos; luego se alimenta con la sangre y la carne de tortugas a las que consigue matar con su cuchillo; más tarde consigue hacer fuego con piedras, etcétera. En el texto de Fernández de Oviedo encontramos etapas similares.

³⁵ Afirma Fernández de Oviedo (*Historia...*, p. 329): “sin dubda pareció miraglosamente sostenía Dios a este caballero”.

³⁶ Capítulo de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (Sevilla, 1632) de Bernal Díaz del Castillo, transcrito por Martínez Baracs, p. 292.

de Fernández de Oviedo, desaparece el protagonismo de los indios y leemos que, habiendo Zuazo observado la técnica indígena para encender palos y sacar lumbre, “hizo de ciertos troncos antiguos de leña, que allí había traído la mar, unos palillos que sirven de lo mismo que la piedra y el eslabón y la yesca y sacó fuego”.³⁷

Es cierto que las relaciones de naufragios presentan una variación polarizada de los estados emocionales: la desesperanza es intensa, los clamores y llantos excesivos, las confesiones multiplicadas, pero, a la vista del menor islote, de un vuelo de pájaros o de un charco de agua, renace la esperanza, la cual, a su vez, se extingue tan pronto como el hambre y la sed se hacen de nuevo inaguantables.³⁸ En esta literatura de emociones duales el relato de Zuazo es ejemplar: en unas líneas se alternan dinámicas colectivas de terror y aniquilación con vigorosos brotes de energía vital.

La oración continua y la procesión en esta sociedad desconsolada y sufrida en la que cada día mueren unos, enferman otros y todos piensan que no pueden escapar, son maneras de aguantar, reconstruyendo un sentido y garantizando una forma de acción colectiva. La imploración no es pasividad sino acción, compromiso (muchos formulan votos, promesas de castidad...). El naufragio genera por lo tanto una cultura de la transacción con el cielo, del rescate, y toda señal (una nube, un ave, un grupo de animales aparecido inesperadamente) se interpreta como señal providencial de la que todos esperan beneficiarse. El mundo del grupo náufrago es un universo de marcas cifradas,³⁹ de señales sutiles, de conjeturas. Pero, en el caso que estudiamos, todos estos elementos convergen hacia Zuazo, que actúa como jerarca y mediador.

³⁷ Fernández de Oviedo, *Historia...*, p. 329.

³⁸ Esta dimensión tragicóepica tuvo su versión rimada en *Elegías de ilustres varones* (1589), específicamente en la elegía VIII de Juan de Castellanos, “A la muerte del adelantado Francisco de Garay, donde se escribe la isla de Jamaica”. Véase *Elegías de varones ilustres de Indias*, Bogotá, Gerardo Rivas Moreno, 1997.

³⁹ No vamos a mencionar todos los detalles que imprimen a la narración semejanzas con la Pasión de Cristo, los cuales giran alrededor de la cifra cinco, como las cinco llagas de Cristo: cinco tortugas, cinco pájaros, cinco lobos marinos, cinco nubes con forma de carabelas, etcétera.

Construcción de una legitimidad política

La lectura del naufragio de Zuazo no se puede entender sin configurar la trayectoria política de un personaje importante entre 1516 y 1530, enviado por órdenes del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros a asistir a los tres frailes de la Orden de Jerónimos para sanear la situación de la Española,⁴⁰ donde los indios tainos—más los que fueron traídos de otras partes, como las islas Lucayas— parecían no contar como humanos y fueron diezmados de manera salvaje. El oidor, juez de residencia, desea, refiere Las Casas, “favorecer a los indios y dolerse de los agravios y muertes de padecían”;⁴¹ pero el temible dominico le reprocha al oidor no haber culpado, “como debía”, a los frailes que no cumplieron su misión de remediar la situación de los nativos (no se debían encomendar indios).⁴² Llegó Zuazo el 6 de abril de 1517 y su actuación provocó evidente temor y desasosiego en la isla, pues el tema medular era el de la encomienda. La consecuencia es que fue removido.⁴³

Para resumir, Zuazo realizó un notable trabajo como jurista en América. Era un letrado experto formado en Salamanca que había fungido como miembro del Consejo de Castilla bajo el reinado de

⁴⁰ Fernández de Oviedo (*Historia...*, t. II, libro IV, cap. 2, p. 92) menciona que Zuazo vino a la isla con los tres jerónimos, como lo ilustra el título del capítulo: “En que se trata de la persona e grand ser del cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, gobernador de España, y de algunas cosas que en su tiempo subcedieron; e cómo por su mandado vinieron a gobernar estas Indias tres padres reverendos, priores de la orden de Sanct Hierónimo, e con ellos el licenciado Alonso Zuazo, e otras cosas notables”.

⁴¹ Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Madrid, Alianza, 1992, t. 5, p. 2158.

⁴² Asimismo lo dice Fernández de Oviedo (*Historia...*): “E comenzó luego a entender en las residencias de los oidores e de los otros jueces e justicias e gobernanación, e hizo sus procesos e los cerró e sentenció”.

⁴³ “Y por esto tuvo creído el licenciado Zuazo que no faltaron en España solicitadores para ser removido del cargo” (Fernández de Oviedo, *Historia...*, t. II, p. 97). Zuazo, en su correspondencia publicada por Martínez Baracs, abordaba temas como la despoblación india y española de las islas: “la corrupción reinante, favorecida por el poder en España de Fonseca y el secretario Conchillos que se enriquecieron con la muerte de los indios” (*Alonso de Zuazo...*, ed. de Martínez Baracs, p. 29).

Fernando el Católico. Enviado a América en 1517, realizó una incansable actividad judicial en Santo Domingo, Cuba y Nueva España, donde desempeñó funciones de justicia y gobierno.⁴⁴ Tuvo en repetidas ocasiones que enfrentarse a acusaciones y a su vez resultó objeto de juicio de residencia enconado por el juez Rodrigo de Figueroa (fue así por ejemplo como, librado del juicio de residencia, “viéndose como desfavorecido y sin cargo pasó a Cuba con poder que le dio el almirante don Diego Colom para la gobernar”).⁴⁵ Lo más importante es que Fernández de Oviedo incluye la narración del naufragio en el marco de la biografía del licenciado: si se observan las proporciones, casi el tercio del relato lo ocupa su estancia en Nueva España y el regreso a Santo Domingo, donde sufrió un último juicio de residencia.

Dicho de otra manera, este naufragio cobra especial relieve a partir del capítulo 26, cuando los sobrevivientes fueron rescatados por una carabela procedente de Nueva España. El licenciado fue recibido y tratado con especial cuidado en Medellín por orden de Cortés: se les hizo traer ropa y frutas y refrescos “y se les hicieron muchos convites y fiestas”. Empieza entonces un largo episodio que parece no tener nada que ver con el tema de la catástrofe y de cierta manera se cierra el tema del naufragio.

⁴⁴ En Santo Domingo, Zuazo le escribió al rey Carlos I de España y a William de Croy, chambelán del soberano, para informarles de los costos escondidos de la esclavitud del Nuevo Mundo (22 de enero de 1518). Al mismo tiempo, recomendó que se importaran esclavos negros e incluso llegó a especificar las edades que éstos deberían tener (de 15 a 20 años), además de sugerir que debían casarse. Estos esclavos remplazarían a los indígenas. Anticipó que esto generaría mucho oro. Desde Santo Domingo, Zuazo fue enviado a Cuba como juez de residencia en el caso de Diego Velázquez de Cuéllar, el gobernador de Cuba (1521-1522). En la isla, escribió una Carta o “Memoria sobre la condición de los indios en Santo Domingo y Cuba” a fray Luis de Figueroa, jefe de los jerónimos. Zuazo sirvió como gobernador de Santo Domingo en la isla de Hispaniola dos veces, de 1524 a 1527 y de 1532 a 1533. Falleció siendo oidor en Santo Domingo en 1539.

⁴⁵ “E vino proveído para le tomar residencia el licenciado Rodrigo de Figueroa, hombre asaz astuto y no poco cobdicioso”, según Fernández de Oviedo, quien añade más adelante: “Y es de saber que el licenciado Figueroa fue pedido por los enemigos de Zuazo, y escogido como persona muy rigurosa para que le destruyese” (*Historia...*, t. II, p. 97).

Se debe superar esta primera impresión. Zuazo va a desempeñar un papel central en Nueva España. El conquistador que, en una expedición que se demoró más de un año, “estaba determinado de ir al cabo de las Higueras” en busca de Cristóbal de Olid —quien se había rebelado contra él—, además de acoger al licenciado Zuazo en México con todos los honores lo dejó en su ausencia como gobernador de la Nueva España. Sin evocar el contexto agitado de la joven colonia y las luchas de facciones que se desataron, nos interesa más recalcar cómo surge una nueva catástrofe, pero desde otra perspectiva. En efecto, los indígenas, aprovechando —nos dice Oviedo— la salida de Cortés, decidieron alzarse “e matar los cristianos”. Obviamente la situación era muy crítica para los pocos centenares de españoles frente a las decenas de miles de indios: “en esta sazón los cristianos eran muy pocos e los indios tantos como hierbas en el campo”.⁴⁶

La actitud de Zuazo, convertido en lugarteniente del gobernador, fue radical y de una brutalidad espeluznante: “quiso el Señor que el licenciado, con su buena maña, alcanzó a saber la traición, e hizo muy rigurosos castigos, e aperreó a muchos, haciéndolos comer vivos a canes e hizo cuarteear asaz de aquellos indios principales que estaban aliados e confederados en la traición”.⁴⁷ Durante los meses siguientes, Zuazo instauró una forma de estado de sitio y toda procesión fue protegida por hombres armados: por toda la ciudad, nos dice Fernández de Oviedo, “andaban seis o siete alguaciles con gente de ronda”, lo que desanimó a los indígenas “viendo tan continua vigilancia y recabdo y castigos”.⁴⁸ No paró aquí el celo profesional del terrible oidor, sino que puso especial cuidado en destruir todos los ídolos de los indígenas, lo que no se había atrevido a hacer Cortés mismo. Los indígenas quedaron “espantados de esto como si destruyera el cielo o quemara toda la tierra con sus habitantes”.⁴⁹ Este espanto, evocado fríamente aunque también con drástica lucidez, sintetiza una segunda catástrofe: la de un pueblo que ve hundirse su mundo con la destrucción de sus dioses. En la última escena

⁴⁶ *Ibid.*, t. V, p. 340.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 346-347.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 347.

⁴⁹ *Idem.*

de tal secuencia, los principales del pueblo comisionaron “a cuatro hombres de los más autorizados y sabios” para inquirirse “por qué causa se les hacía tan temeraria violencia y cosa desacatada”. El diálogo, restituido por Fernández de Oviedo tal como le fue contado por Zuazo, entre éste, el gobernador interino y el grupo de caciques,⁵⁰ es una de las pocas escenas dialogadas que permiten exhibir la paradoja intrínseca de la relación entre indígenas y conquistadores. Frente a las quejas y los argumentos de los sabios principales que legitiman sus creencias y su veneración a los dioses, el licenciado se encuentra algo confuso y, queriendo pensar sus argumentos, los convoca para una segunda entrevista. No consigue al día siguiente convencerlos mejor, ni siquiera haciendo pedazos teatralmente la imagen de san Sebastián para recalcar la diferencia entre la fe y la idolatría. La reacción de los principales es uno de los pocos momentos de gran tensión explícita entre las dos culturas en materia teológica:

sonriose el uno de ellos e dijole que no creían que el licenciado los tenía por tan necios: que ellos bien sabían que aquellas imágenes las hacían los amautekas (que quiere decir maestros), e así también hacían las suyas e que no adoraban ellos en cuanto imágenes salvo como nosotros, por el sol e por la luna e por aquellas lumbres e influencias que había en el cielo e de donde venía la vida, como decía el licenciado, e venía la muerte e todas las otras cosas etc. De la cual respuesta el licenciado quedó algo confuso.⁵¹

¿De qué manera termina lo que parece una batalla teológica, en la que el licenciado se encuentra corto de argumentos? Por supuesto, no se da por vencido: el último argumento será la pura y simple afirmación de que Dios castiga la idolatría como Yahvé castigó a los que adoraron el becerro de oro y que todo ídolo era figura en que el diablo se entremetía. La conclusión era simple: “que las imágenes que nosotros tenemos son de Dios e de sus amigos que tiene consigo

⁵⁰ Cf. Kohut, “Fernández de Oviedo...”, p. 43-104. El análisis de este intercambio excepcional también fue analizado por Martínez Baracs en su estudio preliminar (p. 19-22).

⁵¹ Fernández de Oviedo, *Historia...*, t. V, p. 348.

en su gloria e que las que ellos tenían e adoraban eran los mismos diablos condenados”.⁵²

El final feliz que cierra el relato suena a puro artificio: “mucho se maravillaron e respondieron en fin que ellos conocscían bien la verdad que el licenciado les decía”. Sin duda tendrían a la vista los sabios principales y señores a los lebreles y mastines que dormían no lejos de allí...

El episodio de la pacificación de las Indias, y de Nueva España en este caso, bajo el liderazgo riguroso de Zuazo oculta mal una forma de violencia de guerra cuya dimensión catastrófica aparece a todas luces de manera condensada en estas pocas líneas. La palabra “catástrofe” deriva del griego καταστροφή (*katastrophe*, ruina, destrucción) y está formada de las raíces κατά (*kata*, hacia abajo, contra, sobre) y στροφή (*strophe*, voltear), o sea “voltear hacia abajo”, o cambiar las cosas para lo peor. Un mundo al revés. Podemos considerar que el naufragio del mundo indígena es una catástrofe, pero de doble cara, ya que también juega un papel de relegitimación del poder político de Zuazo. Así lo afirma Fernández de Oviedo: “Guardó Dios a este licenciado Zuazo miraglosamente en las islas de los Alacranes (o mejor diciendo de los sepulcros) porque se esperaba de él un señalado y notable servicio que había de hacer a Dios en la Nueva España”.⁵³ A la inversa, el uso del perro por orden del licenciado es el sello del terror aplicado al mundo indígena. En efecto, sigue una segunda anécdota en la que Zuazo, como juez, debe zanjar un pleito de límites y mojones entre dos caciques: utiliza un lebre del que da una descripción espantosa: “era muy fiero perro, con el cual había aperreado en veces más de doscientos indios por idolatras e sodomitas e por otros delitos abominables”. Si los indios no declaraban la verdad, “los mandaría echar a aquel perro para que los comiese vivos”. Aquel perro, del que ya era notoria su crueldad, “estaba tan fiero y bravo, que tenían que hacer dos hombres en le tener con el collar e cadena que tenía, e se encaramaba contra los indios para los morder, porque como estaba cebado en tal manjar, era diabólico, de bravísimo contra ellos”.

⁵² *Ibid.*, p. 349.

⁵³ *Ibid.*, p. 347.

Afirma el cronista que los indios “convencidos” pronto quisieron ser cristianos y quebrantar sus ídolos para venerar la imagen de la virgen que colocaron en el templo más alto... El lebrel “diabólico” que encarna el cataclismo y la destrucción del mundo indígena y la amenaza del aperreamiento se presenta así como una vía para llegar a un acuerdo y obtener una forma de pacificación. Por lo tanto, la construcción del relato concentra toda la potencia en la persona del licenciado, potencia salvadora y restauradora del orden (social y religioso), tanto en la isla (contiene al grupo y le evita el desmembramiento, el salvajismo, la desagregación social y el decaimiento moral) como en Nueva España (evita la caída en la barbarie, la diabólica idolatría y la guerra): una actuación completa a la otra y asienta así una doble legitimidad.

No por nada era necesaria esta apología, pues las últimas páginas se refieren a los problemas políticos que sacuden a Nueva España. Lejos de tener una indiscutible legitimidad, Zuazo se va a encontrar preso entre las luchas de facciones que oponen al factor Gonzalo de Salazar y al veedor Pedro Marmíndez, oficiales del rey, contra Alonso de Estrada y el contador Rodrigo de Albornoz, también oficiales reales. Termina preso el licenciado y enviado a la isla de Cuba, donde tendrá que sufrir un nuevo juicio de residencia del que salió libre,⁵⁴ como informa Fernández de Oviedo:

Así que, por su rectitud e servicios e persona, la Cesárea Majestad, como gratísimo príncipe, informado de la verdad, y viendo que a su real servicio convenía que tal juez aquí en esta Real Audiencia asistiese, como hombre que tácita experiencia tenía de las cosas destas partes, se quiso servir dél por su oidor, e le mandó aquí residir. Hasta la cual elección de su persona pasaron por este caballero muchas desaventuras y trabajos, y grandes experiencias de su paciencia.⁵⁵

Este largo relato apologético tiene una función claramente política: se trata de demostrar las prendas y virtudes de este noble

⁵⁴ “Residió [el licenciado Altamirano] ante él [el licenciado Zuazo] ochenta días, en los cuales dio tal cuenta y descargo de sí que le pronunció y dio por libre e quito de todos los cargos que se le hicieron, e declaróle por muy buen juez e recto gobernador e servidor de Sus Majestades por su sentencia definitiva”. *Ibid.*, p. 356.

⁵⁵ *Idem.*

servidor de la monarquía, cualidades que la catástrofe permite demostrar. Termina siendo vecino de Santo Domingo con 300 000 maravedís de salario, el más antiguo juez de la isla y uno de los más ricos.⁵⁶ Se supone que Fernández de Oviedo redactó el texto alrededor de 1535 y el licenciado muere en 1539.⁵⁷

Conclusión

Fácilmente nos podemos explicar por qué Fernández de Oviedo mostró tanto entusiasmo y fogosidad al transmitir esta versión detallada e interpretada del naufragio y del protagonismo de Zuazo en Nueva España. Los demás autores que evocaron el episodio (López de Gómara, Juan de Castellanos y Bernal Díaz del Castillo, entre otros) son mucho más sintéticos. Es evidente que Fernández de Oviedo admira a Zuazo, al que juzga “noble y piadoso caballero”, y coincide con él en muchos aspectos: su rigor moral y su crítica a la corrupción de los oficiales, a la codicia y a la avidez de los ricos encomendados de Santo Domingo, su celo profesional y hasta su capacidad para observar la naturaleza y comentar la fauna de las islas con sus periodos y rituales de reproducción —tortugas, aves rabihorcadas (pelícanos), halcones, ánsares y ánades, cangrejos... De la misma manera, el despiadado “castigo” aplicado a indígenas que supuestamente estaban a punto de rebelarse coincide con las opciones políticas de Oviedo. La misma crueldad se lee por ejemplo en la crónica ovediana del episodio de la muerte de Anacanoa y la ejecución de todos

⁵⁶ Enrique Otte (*Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*, Caracas, Fundación John Boulton, 1977) recuerda que Zuazo fue uno de los que traficaron con perlas y esclavos, estando de oidor en Santo Domingo. Por otra parte, fue uno de los que intervinieron con mayor prontitud en el tráfico de esclavos negros y se distinguió por los castigos que infligía a los negros cimarrones: “los mandé prender e a unos hice azotar e a otros cortar las orejas”, además de proponer que se importaran negros para asignarles los trabajos más recios (citado en Martínez Baracs, *op. cit.*, p. 66-67).

⁵⁷ Sin embargo, en distintas partes del texto, Fernández de Oviedo explica que completó la primera versión de 1535 con nuevos datos, en particular sobre la geografía y la fauna de la zona.

los caciques por orden de Nicolás de Ovando. Comparten pues el mismo ideario.

A sus ojos, la catástrofe como prueba del valor y de la virtud, una forma de ordalía, permitió que Zuazo alcanzara su puesto legítimo en la jerarquía colonial. Que la narración de un naufragio sea una construcción con un ideario subyacente y fuertes intencionalidades lo demuestra, si fuera necesario, la catástrofe silenciada de los indígenas, enmudecida por la inevitable conversión de los caciques, en la sombra de los perros letales.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

- ADORNO, Rolena, y Patrick Charles Pautz, *Álvar Núñez Cabeza de Vaca: His Account, His Life, and the Expedition of Pánfilo de Narváez*, 3 v., Lincoln, University of Nebraska Press, 1999.
- ARROM, José Juan, “Gonzalo Fernández de Oviedo, relator de episodios y narrador de naufragios”, *Imaginación del Nuevo Mundo*, México, Siglo XXI, 1991.
- BÉNAT-TACHOT, Louise, “Une herbe qui relie les parties du monde...”, en <http://journals.openedition.org/e-spania/21429>; DOI: 10.4000/e-spania.21429 (consultado: 26 de junio de 2012).
- BOLAÑOS, Félix, “Milagro, peregrinación y paraíso: narración de naufragios del cronista Fernández de Oviedo”, *Revista de Estudios Hispánicos* 19, 1999, p. 163-178.
- , “El subtexto utópico en un relato de naufragio del cronista Fernández de Oviedo”, en Beatriz González Stephan y Lucía Helena Costigan (coords.), *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Caracas-Columbus, Academia Nacional de la Historia-Universidad Simón Bolívar-Equinoccio-Ohio State University, 1992, p. 109-126.
- CABEZA DE VACA, Álvaro Núñez, *Naufragios*, ed. de Juan Francisco Maura, Madrid, Cátedra, 1989.
- CASTELLANOS, Juan de, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Bogotá, Gerardo Rivas Moreno, 1997.



- _____, *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, est., ed. y notas de Álvaro Baraibar, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, [1526] 2010 (Biblioteca Indiana 26).
- GERBI, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.
- GOMES DE BRITO, Bernardo, *História trágico-marítima. Em que se escrevem chronologicamente os naufragios que tiveram as naus de Portugal, depois que se poz em exercicio a navegação da India*, 2 t., Lisboa, Oficina de Congregação do Oratorio, 1735-1736.
- HERRERO MASSARI, José Manuel, “El naufragio en la literatura de viajes peninsular de los siglos XVI y XVII”, *Revista de Filología Románica* 14, v. II, 1997, p. 205-213.
- KOHUT, Karl, “Fernández de Oviedo: historiografía e ideología”, *Boletín de la Real Academia Española*, v. 73, n. 259, 1993, p. 367-381.
- LAS CASAS, Bartolomé de, *Historia de las Indias*, Madrid, Alianza, 1992, t. v.
- MARTÍNEZ BARACS, Rodrigo, *Alonso de Zuazo, cartas y memorias (1511-1539)*, pról., ed. y notas de Rodrigo Martínez Baracs, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000.
- MEDINA, Pedro de, *Arte de navegar*, Valladolid, Francisco Fernández de Córdoba, 1545.
- MOYA SORDO, Vera, “Entre la vida y la muerte: averías, tormentas y naufragios. Manifestaciones de miedo durante los viajes atlánticos ibéricos, siglos XV-XVII”. https://www.academia.edu/3703533/Entre_la_vida_y_la_muerte_aver%C3%ADas_tormentas_y_naufragios._Manifestaciones_de_miedo_durante_los_viajes_atl%C3%A1nticos_ib%C3%A9ricos_siglos_XV-XVII.
- PIMENTEL, Juan, *Parábolas y naufragios de Robinson Crusoe*, Madrid, La Línea del Horizonte, 2014. También disponible en Kindle Edition.
- SAMPEDRO VIZCAYA, Benita, “Fragmentos de historia dispersos sobre el mar”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 30, n. 60, 2004, p. 139-150, en <http://www.jstor.org/stable/4531341>
- SLOTEDIJK, Peter, *Esferas I*, pról. de Rüdiger Safranski, trad. del alemán de Isidoro Reguera, Madrid, Siruela, 2017 (Biblioteca de Ensayo 24).